

La memoria olvidada del Bilbao industrial y obrero

José Antonio Pérez

Los turistas que pasean por la explanada de Abandoibarra y se fotografían con la silueta del Museo Guggenheim a sus espaldas ignoran que, no hace tantos años, a pocos metros de allí se libró una batalla que mantuvo en vilo a toda la ciudad. Fueron tiempos grises, salpicados por los buzos azules de los trabajadores y los uniformes marrones de la Policía. Tiempos de huelgas y conflictos, de enfrentamientos a cara de perro, de tiragomas y botes de humo. Tiempos de luchas obreras, de esperanzas y derrotas. Resulta difícil, casi obsceno, añorar aquellos años, marcados por los duros conflictos obreros, el terrorismo, la droga y el paro que asolaron la zona industrial del Gran Bilbao. Años que destruyeron familias, años de sangre y de furia que estuvieron a punto de hundir para siempre esta ciudad. Y, sin embargo, forman parte de nuestra historia más reciente, la historia de una urbe que comenzó cambiar a un ritmo vertiginoso unos pocos años más tarde, hasta convertir todas esas imágenes en un recuerdo incómodo que preferimos olvidar.

A lo largo de los primeros años de la Transición a la democracia las calles de Bilbao se llenaron de trabajadores que exigían derechos y subidas salariales, pero también se vieron desbordadas por la presencia de militantes de partidos vinculados a la izquierda y al nacionalismo que reclamaban amnistía para los últimos presos políticos del franquismo, de estudiantes, activistas del movimiento vecinal, feministas y ecologistas, de gente que quería expresarse y vivir en libertad. Sin embargo, una gran parte de todas aquellas ilusiones se vieron frustradas por llegada de la crisis económica y la aparición del paro. Decenas de miles de familias se vieron afectadas en el País Vasco por una realidad desconocida durante décadas, que fue especialmente grave en la zona industrial del Gran Bilbao.

Los primeros síntomas de la crisis económica que se detectaron en el tramo final de la dictadura agudizaron las protestas. Estas últimas comenaron a hacerse cada vez más visibles en los pueblos de la margen izquierda, donde se asentaba la mayor parte de las empresas y en el centro de Bilbao, hasta convertirse en una imagen cada vez más habitual que marcaría toda una época. La inflación disparada y la destrucción del empleo fueron los dos problemas más importantes para miles de familias trabajadoras. La parálisis de los últimos gobiernos de la dictadura franquista había retrasado la adopción de las primeras medidas de choque que precisaba urgentemente una economía como la vasca, dependiente de la industria pesada. Y llegó el desastre.

El caso de la empresa Bacock Wilcox fue paradigmático. Su dirección presentó un informe a finales de 1976 donde proponía una importante reducción en su plantilla, compuesta en aquellos momentos por más de 5.000 trabajadores. Un año más tarde la empresa anunció suspensión de pagos. Fue el primer aviso serio sobre la contundencia de la recesión económica y el desmantelamiento que sufriría la zona industrial de la ría en el próximo decenio. A lo largo de aquellos meses se produjeron otros casos igualmente relevantes. La dirección de Aurrerá presentó un expediente de regulación de empleo en enero de 1977 que daría lugar a un importante conflicto laboral. Casi la mitad de la plantilla -sobre un total de 400 trabajadores- se vería afectada por la medida. Durante aquellos frenéticos meses los empleados de otras empresas y sectores, como Tarabusi o la compañía de los Transportes Urbanos del Gran Bilbao, S.A. (TUGBSA), fueron a la huelga y se manifestaron por las calles de la villa para hacer visibles sus reivindicaciones más urgentes.

Mientras tanto, los acontecimientos políticos se desarrollaban a un ritmo vertiginoso sin que nadie tomase una decisión para tratar de contener lo que se venía encima. La prioridad se centraba en aquellos momentos asentar las bases del nuevo régimen democrático. Sin embargo, la situación se hizo tan insostenible que el Gobierno de España y los principales partidos políticos con representación parlamentaria suscribieron un acuerdo conocido como los Pactos de la Moncloa. Su objetivo era claro: procurar la estabilización del proceso de transición al sistema democrático y adoptar una política económica que contuviera la gran inflación que alcanzaba en aquellos momentos el 26,39%. Pero aquel acuerdo, que implicaba entre otras medidas un ajuste salarial, tuvo una importante contestación social.

El 5 noviembre de 1977 una gran manifestación contra el paro y los Pactos de la Moncloa, convocada por la mayor parte de las centrales sindicales ya legalizadas (UGT, CCOO, CNT, LSB-USO, ELA (a), CSUT, SU y reunió a cerca de 150.000 personas en las calles de Bilbao. En la marcha participaron diversas comisiones de despedidos y coordinadoras de empresas en crisis, entre las que se encontraban algunas de las más emblemáticas de la zona (Aurrerá, Echeplant, Contratas, Aeronáutica, AHV, Trébol, Babcok Wilcox) y otros sectores en lucha, como los trabajadores de hostelería. En esas mismas fechas otra importante fábrica, como Echevarría, situada en el bilbaíno barrio de Begoña, declaró unas pérdidas de 800 millones de pesetas anuales que amenazaban el futuro de los 1.800 trabajadores de la empresa. Su destino, como el otros muchas plantillas, estaba escrito.

En la primavera de 1979 las organizaciones sindicales convocaron una gran manifestación en Bilbao, para celebrar por primera vez de una forma legal el 1 de Mayo y protestar contra la crisis

económica y la destrucción del empleo. Unos meses más tarde, el 7 de diciembre, los sindicatos declararon una huelga general contra el Estatuto de los Trabajadores que paralizó el País Vasco. Sin embargo, todas aquellas movilizaciones fueron incapaces de frenar un proceso que parecía imparable. En un clima cada vez más enrarecido y crispado los sectores más radicales del movimiento obrero se hicieron fuertes en las asambleas de trabajadores que se celebraban en las fábricas y terminaron por desbordar a las direcciones de las organizaciones sindicales más importantes. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso de la empresa Olarra, donde se vivió uno de los conflictos más enconados y violentos de la época. En el trascurso de aquellas protestas se produjo un encierro de trabajadores en la basílica de Santiago y numerosas manifestaciones en Bilbao, que acabaron con graves incidentes y varios heridos, como ocurrió en noviembre de 1980.

La crisis económica, la radicalización de los conflictos laborales, la frustración que estaba creando el desempleo y la falta de expectativas, generaron un caldo de cultivo que resultó extraordinariamente fértil para que aflorasen gritos desesperados de apoyo a ETA, (o el más popular, *obrero despedido, patrón colgado*), incluso entre sectores e individuos que poco o nada tenían que ver con el mundo abertzale que justificaba la violencia. Uno de los sucesos más graves se vivió en la villa el 26 de junio de 1980, cuando los trabajadores de la empresa Nervacero ocuparon el Parlamento Vasco, reunido en el Palacio Foral de Bizkaia, y mantuvieron retenidos durante 12 horas a los representantes de los partidos políticos.

La situación crítica de los sectores más importantes, como la siderurgia y la construcción naval, llevó al gobierno socialista de Felipe González, acuciado por las instancias europeas, a adoptar durísimas políticas de ajuste para tratar de atajar la situación. La reconversión industrial se alargó hasta la década de los años noventa y tuvo un enorme coste. Las cifras son espectaculares: 1,5 billones de pesetas invertidas, 800 empresas afectadas y una reducción de decenas de miles. Tan solo en Bizkaia se perdieron cerca de 100.000 puestos de trabajo industriales entre 1975 y 1990. Todo ello, sin contar la destrucción de empleo que afectó a otros muchos sectores y negocios que dependían de las fábricas en los pueblos de las zonas fabriles.

Las movilizaciones en protesta contra estas políticas se fueron haciendo cada vez más numerosas y en febrero de 1984 alcanzaron cifras de participación impresionantes. Las protestas de los trabajadores contra la drástica reducción de las plantillas o el cierre de los astilleros provocó durísimos enfrentamientos con las Fuerzas del Orden Público. Los más graves tuvieron lugar en Bilbao a lo largo de varios meses durante aquel año, protagonizados por la plantilla de AESA de la factoría de Euskalduna. El puente de Deusto sobre las instalaciones del histórico astillero se convirtió en el escenario de algunos de los enfrentamientos más enconados de la época, llegando a

colapsar el tráfico y la vida cotidiana de Bilbao, debido a su estratégica situación. La imagen de los trabajadores parapetados en las instalaciones de la empresa, enfrentándose a la Policía, y las protestas que protagonizaron las mujeres de los huelguistas forman parte de la memoria colectiva de la ciudad.

En pocos años todo aquel entramado levantado durante más de un siglo de industrialización quedó convertido en una inmensa escombrera de restos industriales. La margen izquierda quedó arrasada, prácticamente hundida. Sus municipios se situaron a la cabeza del paro en todo el País Vasco. Barakaldo, con un 27,6%; Santurce, con un 26,8%, y Sestao y Portugalete, con un 30,2%, mostraron la cara más descarnada de la crisis. Los más afortunados, los trabajadores de las grandes empresas, pasaron a engrosar las filas de un enorme ejército de prejubilados y jubilados anticipados. Profesionales con una alta formación fueron expulsados del mercado laboral con poco más de cincuenta años. Pero no fueron ellos los más damnificados. Gracias a la presión de los sindicatos y a las concesiones del gobierno, los trabajadores de las grandes empresas quedaron, en general, en una desahogada situación económica. Decenas de miles de hombres y mujeres empleados en talleres, empresas auxiliares y en el pequeño comercio corrieron peor suerte. Se quedaron literalmente en la calle, sin indemnizaciones ni generosas prejubilaciones y con una profunda sensación de abandono. Las plazas de estos pueblos obreros se convirtieron en un escenario desolador de hombres y *lunes al sol*.

Una de las consecuencias más dramáticas que trajo consigo este proceso fue la extensión de la economía sumergida, que se hizo especialmente patente durante la década de los años ochenta y gran parte de los años noventa. La propia naturaleza de este fenómeno dio lugar a un mercado de trabajo carente de regulación, contrato y cotización, que impide cuantificar su volumen, pero todo parece indicar, según confirman fuentes oficiales, que al menos una quinta parte del empleo en España estuvo durante aquella época sujeto a este precario mercado. La realidad probablemente superó esas cifras.

Todo este proceso se alargó hasta bien entrados los años noventa. Pero faltaba la puntilla, el cierre de AHV tras la larga y lenta agonía que había vivido la empresa desde los años setenta. La *marcha del hierro* que tuvo lugar en 1992, protagonizada por los trabajadores de esta empresa desde Sestao y Asturias hasta Madrid fue un fogueo de rabia que inflamó con su presencia a capital de España. Un fulgor brillante y efímero que terminó por extinguirse entre los restos de la última colada de acero que salió de las entrañas del alto horno María Ángeles en julio de 1996.

Para entonces los planes diseñados para regenerar Bilbao y toda su comarca estaban en marcha. El metro había comenzado a funcionar a pleno rendimiento y en la explanada de la *Campa*

de los ingleses se levantaba orgulloso el Museo Guggenheim, mientras las obras del Palacio Euskalduna, construido sobre los terrenos que había ocupado el astillero del mismo nombre, avanzaban a un ritmo imparable. Además, aguas del Nervión comenzaban a limpiarse y los niveles de contaminación atmosférica se reducían hasta niveles casi desconocidos en la zona, gracias, en parte, a la desaparición de las industrias más contaminantes. El nuevo Bilbao estaba en marcha. Era, es, un Bilbao hermoso, menos agresivo y mucho más amable, que sin embargo, no debe olvidar su historia, forjada gracias al esfuerzo y la lucha de miles de hombres y mujeres que la hicieron posible.